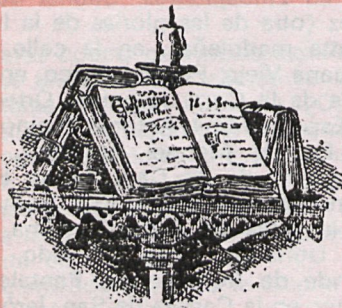


apreciar casi todas ellas estaban situadas en el Madrid de los Austrias, en los barrios más castizos y populares cercanos al Palacio Real, donde el propio monarca Carlos III tenía instalado un pequeño taller de Imprenta, donde se ejercitaba en este noble arte, por el que sentía verdadera devoción y profunda admiración. Posteriormente, se fueron creando imprentas bajo la tutela del reino, como fueron la Imprenta Real, la Imprenta Nacional, la de la Diputación Provincial y la del Ayuntamiento de Madrid, como la Imprenta Provincial y la Municipal.

Es de interés destacar el material de que disponían las imprentas que más arriba se señalan, para la impresión de sus trabajos; el total de prensas de que constaban era de 120, siendo la correspondiente a la de Benito Cano, en la calle de Jesús y María, la que más tenía: un total de 24 prensas.

Escasos son los datos que se tienen con relación a la introducción de la Imprenta en Madrid. En relación con otras provincias españolas sufrió un considerable retraso, aun siendo la capital del Reino, no llegando el importante invento de Gutenberg, hasta 22 años después de la iniciada en Alcalá de Henares y 80 años después de la que imprimiera en Segovia el célebre «Sinodal». Pero de sus prensas salieron las obras de más significación cultural en el mundo entero como fueron, la «Biblia Políglota» y «El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», impresas en Alcalá de Henares y en la madrileña calle de Atocha, respectivamente.



LA IMPRENTA MADRILEÑA, EN LA CULTURA ESPAÑOLA

«Los escasos eruditos que han contado con España al estudiar la historia de la Imprenta y el Libro, no tienen empacho en afirmar que en este país la importancia de éste y aquella fue muy relativa... Aseveración tal mueve hoy a risa.»

(Federico Carlos Sainz de Robles)

La Imprenta y el Libro, o sea, el arte y la cultura, han estado estrechamente vinculados entre sí, no es posible hablar de una sin citar al otro. La Imprenta engendra al Libro, le da vida propia y lo prepara para ser dado a conocer por la Humanidad. Decir que en España la importancia del Libro y de la Imprenta fue relativa, es un sarcasmo. Si España tuvo su época más gloriosa de la historia en el siglo XV, como se demuestra por las grandes conquistas llevadas a cabo dentro y fuera del país, como la Reconquista por los Reyes Católicos o el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, esta gloria española también la tuvo en el arte y la cultura de un pueblo que no se dedicaba exclusivamente a guerrear.

Y fue precisamente en la provincia de Madrid donde la cultura alcanzó el cenit de su gloria por medio del cardenal Ximénez de Cisneros, al construir la Universidad Complutense de Alcalá de Henares, magna obra que fue catalogada como de «emporio de ciencias nobles» por la cultura que derramaba dentro de sus aulas. Y aquí, en Alcalá de Henares, se montó la primera Imprenta madrileña en el año 1494. Era necesaria su instalación, ya que la Universidad Complutense exigía de sus servicios para atender las necesidades de unos 7.000 alumnos que abarrotaban las aulas de la misma.

¿Era tan poca la importancia que tenía la cultura española en aquella época? Para salir al paso de cualquier crítica al respecto, el cardenal Cisneros decide hacer realidad el sueño que hacía años no le dejaba descansar; la redacción, confección e impresión de la Biblia Políglota.

Esta Biblia Políglota, compendio de todas las letras en sus más difíciles facetas como teología, filosofía, humanismo y en sus vertientes de traducción en latín, griego, caldeo y hebreo, es el mayor exponente de la cultura española encarnada en auténticos hombres de talento como Antonio Elio de Nebrija, catedrático de la Universidad de Salamanca, profundo conocedor del latín, griego y hebreo, gran humanista de la época; Diego López de Zúñiga, doctor en teología, historia y letras humanas; Alfonso de Zamora, filósofo y gramático, catedrático de hebreo en la Universidad de Alcalá; Pablo Coronel, catedrático de teología y Sagrada Escritura de la Universidad de Salamanca; Alfonso de Alcalá, doctor y catedrático de Medicina en Salamanca, doctor en Leyes y Medicina, conocedor admirable del latín, griego y hebreo; Demetrio Ducas, catedrático de griego en la Universidad de Alcalá; Juan de Vergara, humanista y, otros tantos que no por ser menos famosos no por ello dejaban de ser grandes talentos y en quienes recurrió Cisneros para realizar su grandiosa

obra, que fue calificada por el gran maestro de la literatura contemporánea, Menéndez y Pelayo, como «Monumento de eterna gloria para España».

Esta extraordinaria obra en la que Cisneros tenía puesta toda su ilusión debía de darle forma, había que darle vida propia, la forma que el contenido de su texto merecía. La dificultad de imprimir los textos en griego, caldeo, hebreo y latín era enorme, en España no existían imprentas de gran relieve, pues hacía pocos años que la Imprenta se había inventado y los impresores todavía no se habían impuesto en las técnicas de la misma, aunque sí estaban apuntándose algunos éxitos que iban llamando la atención, como la impresión en Segovia, en 1472 del «Sinodal», un incunable con las resoluciones del Sínodo de los Obispos o como en Valencia, en 1474, del primer libro en letra impresa, «Les Obres e Troves en lahors de la Verge Marie», en lengua catalo-valenciana, impresa por Lamberto Palmart, uno de los impresores más famosos de la época.

Pero había un impresor cuya fama se había propagado de forma notable por su conocimiento en el arte de imprimir y que, poseyendo taller propio en Pamplona y más tarde en Logroño, se encontraba por aquel entonces en Alcalá de Henares a requerimiento de los estudiantes. Este impresor, llamado Arnaldo Guillén de Brocar, a instancias de Cisneros, se encargó de la impresión de la Biblia Políglota, cuyos datos más precisos de la misma se detallan en otro espacio dedicado a la misma.

Lo verdaderamente cierto es que el arte de su impresión no desmereció en modo alguno a las realizadas por los más afamados impresores del extranjero. Si esmerada fue la redacción y confección por parte de los eruditos elegidos por Cisneros, la parte correspondiente a su tipografía e impresión puede considerarse de notable mérito, máxime si se tiene en cuenta la enorme dificultad que suponía componer los caracteres escritos en diversas lenguas con el escaso material que por aquella época se disponía, pero el exquisito arte, unido a los conocimientos tipográficos de su impresor Guillén de Brocar, guiado por la sabia dirección del cardenal, hicieron que de las prensas instaladas en Alcalá de Henares naciera el libro de más fama que hasta entonces se había realizado. (Anteriormente se habían impreso un par de Biblias por parte de Fust y Gutenberg, pero ninguna había sido escrita en las lenguas según los originales de los textos antiguos, como lo hiciera Brocar). La impresión de la Biblia Políglota, su esmerada confección, bien claramente lo define Juan Catalina y García en su «Ensayo de una tipografía complutense», donde dice: «Es, en suma, un verdadero modelo de

aquella Imprenta del primer tercio del siglo XVI, que no ha sido después superada por ninguna obra en cuanto a sus elementos principales».

La Biblia Políglota, la primera gran obra impresa en España, puede decirse que es el fiel exponente de la cultura española, en una época donde la Imprenta madrileña se pone a la altura, no sólo de las que ya existían en el país, sino a las existentes en Alemania, Francia e Italia, países en donde la Imprenta inició sus balbuceos como un arte nuevo que iba a revolucionar al mundo con sus desconocidas técnicas.

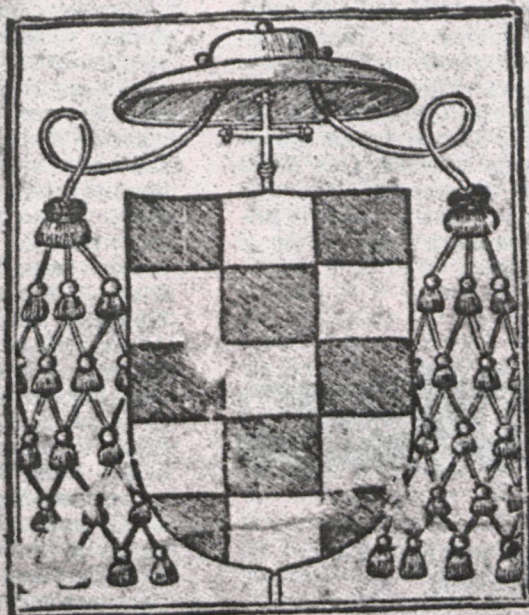
Posteriormente a la impresión de la Biblia Políglota por Arnaldo Guillén de Brocar, otro impresor imprime en Madrid la obra cumbre de la Literatura española, «El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», del inmortal Miguel de Cervantes. La cultura española vuelve a ponerse de relieve ante el mundo.

El «Quijote» de Cervantes ha enaltecido más el nombre de España que las conquistas y el valor de las espadas de los capitanes españoles en las luchas por conquistar nuevas tierras para el país. Aquel extraordinario y luminoso sol que no se ponía en sus dominios ha ido eclipsándose al paso de los siglos, en cambio, la brillante y luminosa luz que la aparición del libro del «Caballero de la Triste Figura» ha ido derramando por doquier, no sólo no se ha eclipsado, sino que cada vez brilla con más esplendor, si cabe, llevando la gloria de la cultura española hasta los más apartados rincones de la Tierra. Esta ha sido la cultura que España poseía en una época donde, según algunos historiadores afirman, el país era dado más a guerrear que a ilustrarse.

Madrid aportó su colaboración para extender, aún más, esa cultura por medio de la edición «Príncipe» de la inmortal obra cervantina llevada a cabo por Juan de la Cuesta que, poseyendo imprenta propia en Segovia se instaló en Madrid a finales del año 1599, haciéndolo en casa de María Rodríguez, situada en la calle de Atocha. En este edificio se imprimió la primera parte del «Quijote», en el año 1605. Más tarde, la imprenta se trasladaría a la calle de San Eugenio, donde se imprimió la segunda parte en el año 1615, diez años después de la primera.

Un éxito más que añadir a la Imprenta madrileña después de la impresión de la Biblia Políglota, éxito que ha sido valorado con toda justicia por los más entendidos en la materia. La imprenta de la capital de España sonaba ya con nombre propio en los círculos artísticos y literarios del país; los escogidos caracteres, el límpido matiz de sus tintas, la artística grabación de sus tipos y grabados y el amplio co-

**Daet tibi pe rade castetragonon respicit illud
Dospitium, tri t pauliter quinqz dierum.
Hamqz instr umetum vetus bebdooas innuit: octo
Lex noua ligatur, ter quinqz receptat vtrunqz.**



**Vetus testamentū multiplici lingua nūc
primo impressum. Et imprimis
Pentateuchus Hebraico Bre
co atqz Caldaico idioma
te. Adiūcta vnicuiqz sua
latina interpretati
one.**

nocimiento de la ciencia de sus impresores, la hicieron acreedora de los mayores elogios. Las obras más importantes eran confiadas a los tipógrafos e impresores madrileños con la seguridad de una perfecta impresión.

Ciento sesenta y cinco años después de la edición primera del «Quijote», otro impresor afincado en Madrid, Joaquín Ibarra, a petición de don Vicente de los Ríos, por aquel entonces presidente de la Real Academia Española, imprimiría una nueva edición de la inmortal obra de Cervantes.

¿Qué aportó Joaquín Ibarra en pro de la cultura española? Aparte de obras de reconocida fama como la «Historia de España», del padre Mariana, de sus prensas salieron otras de no menos importancia como «La conjuración de Catilina» y «La Guerra de Jugurta», de Salustio; la segunda edición del «Viaje de España» y los dos tomos de «Viajes fuera de España», de Antonio Ponz y, otras tantas de gran renombre y fama. Puede decirse con toda seguridad que Joaquín Ibarra ha

sido para la Imprenta de España y de Madrid lo que Miguel de Cervantes para la Literatura, una gloria de España.

Otros impresores y otras imprentas madrileñas han contribuido eficazmente a la expansión de la cultura española. Una prueba evidente ha sido y sigue siendo la gran demanda de obras solicitadas por gran cantidad de países entre los que destacan los de Hispanoamérica, por su afinidad de idioma, religión y costumbres.

Esa cultura, que en la época gloriosa de las conquistas de España ha sido poco descrita por los historiadores, bien patente ha quedado con la aparición de las dos obras que mayor esplendor ha proporcionado a la nación hispana, seguidas por otras que, aunque de menor importancia, no por ello han dejado de contribuir a ese esplendor cultural español. Contribución que un tanto por ciento muy elevado se debe a la Imprenta. A la Imprenta española que en Madrid alcanzó fama y renombre, siendo considerada como una de las de mayor

prestigio por la ciencia y el exquisito arte de sus impresores madrileños.

Como prueba final de la expansión cultural de España en Hispanoamérica, la tenemos en la petición que hiciera don Antonio de Mendoza, primer Virrey de España en México, solicitando una prensa e impresor para alfabetizar y educar a los indígenas. Petición que fue atendida por Carlos I, que inmediatamente se le envió. Con dicha prensa se confeccionó una Doctrina Cristiana, considerada como la primera obra impresa realizada en el Nuevo Mundo.



LA BIBLIA POLIGLOTA COMPLUTENSE

«Monumento de eterna gloria para España, como que hace época y señala un progreso en la crítica aplicada a los sagrados textos.»

(Menéndez y Pelayo)

Tanto se ha escrito sobre la Biblia Políglota Complutense que poco puede aportar este modesto autor, en un afán de descubrir nuevos valores de la misma. Pero en este trabajo dedicado a la Imprenta madrileña era preceptivo y obligado dedicar un espacio a «la maravilla de todos los tiempos», según la describe el P. Quintanilla y Mendoza. Y esta maravilla de la cultura española del siglo XVI puede asegurarse que es el fruto más rico que ha producido la Imprenta de la provincia de Madrid, ya que la misma se imprimió en la ciudad de Alcalá de Henares, cuna de otra gloria de la Literatura española y universal, Miguel de Cervantes.

Siendo Regente de España el Cardenal Ximénez de Cisneros y hallándose descansando en su palacio de Alcalá de Henares de uno de sus frecuentes viajes, empezó a tomar forma en su mente la idea que hacía años le obsesionaba, la de imprimir el texto original de las Sagradas Escrituras. Pero no una Biblia como la que realizara Fust en Maguncia, ni como otras posteriormente impresas en latín. Cisneros ambicionaba mucho más, quería llevar la fuerza y expresión de los textos antiguos en una conjunción lingüística, acompañado del latín para su traducción, para ello eligió las versiones de hebreo, caldeo y griego.

De forma que usó la versión griega, más conocida por «la de los LXX»; la «Vulgata Latina de San Jerónimo» y las caldeas de Onkelos. Así tenemos que el Anti-

guo Testamento fue impreso en caldeo y hebreo y el Nuevo Testamento en griego, estas versiones van acompañadas de la traducción interlineal en latín.

Cisneros, una vez que hubo madurado su idea, meditó largamente en quiénes serían sus colaboradores para hacer realidad su proyecto. La elección recayó en los más doctos y sabios de la época, que repartían sus enseñanzas en las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. Como ya se indica en otro lugar de este trabajo, los elegidos fueron Antonio Elio de Nebrija, Diego López Zúñiga, Hernando Núñez de Guzmán, Pablo Coronel, Alfonso de Alcalá, Alfonso de la Cámara y Demetrio Ducas. Todos ellos, bajo la dirección del Cardenal se aprestaron a confeccionar la Biblia Políglota Complutense. Y en el año 1502 todo el equipo de sabios conocidos por «los complutenses», empezaban a confeccionar en varias lenguas la famosa Biblia.

El Cardenal no escatimó medios para que su magna obra fuera dignamente realizada. Puso a su disposición, a la de todos sus colaboradores, valiosos códices bíblicos y manuscritos que compró o pidió prestados a las más famosas bibliotecas de Europa. Para los textos en lengua hebrea, Cisneros consiguió varios códices y manuscritos de las sinagogas de Maqueda y Toledo. Asimismo, el Papa León X le prestó al Cardenal los manuscritos para la versión de «Los LXX», procedentes de la Biblioteca Vaticana. En la versión griega se utilizaron algunos códices que procedían de la Biblioteca Medicea de Florencia. En fin, Cisneros, incansable en su afán de proporcionar a «los complutenses» la mayor cantidad de material, no reparó en gastos para conseguir todos aquellos códices bíblicos o manuscritos que aportarían luz y vida a su amada Biblia, la «más amada de sus empresas», como dio en definirla.

El Cardenal ya disponía de un equipo de redactores, sólo faltaba la persona que realizara la obra dándole forma y cuerpo para ser dada a conocer. Hasta él llegaron noticias de un impresor, que por aquél entonces se hallaba en Alcalá, venido de Logroño y con Imprenta propia en Pamplona. Se llamaba Arnaldo Guillén de Brocar o Brocarío, francés de nacimiento, aunque algunos escritores le consideran español. Fue requerida su presencia ante el Cardenal y una vez ante él, le expuso la idea de que imprimiera la Biblia Políglota. Guillén de Brocar, una vez enterado del proyecto, decide complacer a Cisneros y empezar la magna obra que asombraría al mundo entero. Empezó su impresión en la ciudad alcalaína en el año 1514.

Puede decirse que Guillén de Brocar fue uno de los más grandes impresores afincados en España. Una vez instalado en Alcalá de

Henares, recibió del Regente de España los códices y manuscritos que, una vez preparados por «los complutenses», hizo grabar caracteres de diversos cuerpos para las distintas lenguas, destacando por su belleza los tipos góticos y romanos del texto latino y, especialmente, los textos griegos, considerados por los eruditos como los más bellos que jamás se hayan grabado. Y Brocar, maestro de maestros, sin salirse del más puro estilo renacentista, preparó artísticamente la composición de las diversas lenguas, así como los demás elementos, algunos de un gran valor artístico, como son las orlas y escudos.

La impresión de la Biblia Políglota Complutense se empezó en el año 1514, terminándose en 1517, bajo el título de «BIBLIA SACRA POLYGLOTTA, NUNC PRIMUM IMPRESSA». Aparte su extraordinario valor tipográfico hay que resaltar su valor científico, pues permitió comparar los textos sagrados en las diversas lenguas, comparación que se realizó por vez primera.

Breve y sucintamente describiré los seis volúmenes de la Biblia Políglota: De gran tamaño en folio mayor y 1.521 hojas. Contiene el primer tomo los libros del Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. El segundo, los de Josué, Jueces, Ruth, primero y cuarto de los Reyes Paralipomenon. El tercero, los libros de Esdrás, Nehemías, Tobías, Judith, Esther, Job, Salperio, Proverbios, Eclesiastes, Cánticos y Sabiduría. El cuarto, que se titula Cuarta parte del Antiguo Testamento, comprende los Profetas mayores y los doce menores con el 1.º, 2.º y 3.º de los Macabeos, este último sólo en griego. El quinto, los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, los Hechos de los Apóstoles, etc. El sexto y último, que lleva el título de Diccionario, comprende un vocabulario latino, una interpretación de los nombres hebreos, caldeos y griegos y una introducción a la gramática hebrea.

De esta Biblia se imprimieron 600 ejemplares solamente, con seis volúmenes cada uno, habiéndose gastado en la obra la suma de 50.000 ducados de oro, (aproximadamente unos 18 millones de pesetas en su valor actual), más que las rentas de un rey. Todos los gastos fueron por cuenta del Cardenal. ¿De dónde sacaba Cisneros esa fortuna? Téngase en cuenta que solamente la mitra de Toledo era la más rica, después de la de Roma.

La maravillosa obra cisneriana que se iniciara en el año 1502 se concluyó en 1517; Guillén de Brocar, acompañado de su hijo Juan, se presentó en el mes de julio del mismo año ante el Cardenal para mostrarle el último volumen; Cisneros, al contemplar su obra más amada, dirigió sus ojos al cielo y exclamó, vivamente emocionado:

«Os doy gracias, Dios todopoderoso, porque habéis dado el ansiado fin al trabajo que emprendí».

Cisneros contemplaría su obra finalizada a la edad de ochenta años, lo que no pudo ver fue la venta de los ejemplares, ya que su pensamiento era el de enviar al Papa León X un ejemplar para obtener su aprobación y bendición. No pudo conseguir este deseo el gran Cardenal, ya que falleció el 8 de noviembre de 1517 en el pueblo de Roa, de la provincia de Burgos, cuando se dirigía a recibir a Carlos I, nuevo monarca español.

Casi tres años estuvo almacenada la inigualable obra de Cisneros en Alcalá de Henares, sin poderse explicar los motivos de ello. Enterado el Pontífice León X por el obispo de Sabina del almacenamiento de la Biblia, ordenó por medio de un «Motu Propio» de fecha 22 de marzo de 1520, se pusieran a la venta los ejemplares de la misma especificando que, durante años no podría reimprimirse ni venderse sin consentimiento de los testamentarios bajo pena de excomunión reservada de manera especial al Pontífice. El precio que se puso fue de seis ducados y medio cada ejemplar de los seis volúmenes.

Ya se indica anteriormente que los caracteres tipográficos de los textos de las distintas lenguas son de una belleza impresionante, destacando de una manera excepcional los góticos y romanos. En cuanto a la portada es, asimismo, de una belleza austera. La portada del primer volumen varía en algunos ejemplares. Rodeada de una artística orla, grabada en bellos caracteres, se halla situado en el centro el escudo, del Cardenal Cisneros. Sobre el escudo cuatro versos que hacen relación a él. En la parte inferior y debidamente centrada, se halla la siguiente advertencia: «Antiguo Testamento plurilingüe ahora impresa por vez primera». La impresión está hecha a dos tintas, pero no en todos los ejemplares, ya que en algunos el escudo de Cisneros está impreso en rojo y otros en negro. El tomo que me ha servido de orientación perteneciente a la Universidad de Comillas, el escudo está impreso en rojo, un rojo que ha ido perdiendo parte de su color al paso de los siglos. Es realmente impresionante el contemplar y tener en las manos uno de los ejemplares de la Biblia Políglota Complutense, es muy difícil poder expresar la sensación que se experimenta al contemplar los caracteres tipográficos de esta extraordinaria obra, así como el valor de la tinta que se usó para su impresión y, que a pesar de los años transcurridos conserva casi en su totalidad la nitidez de su impresión, especialmente la tinta negra.

La Biblia Políglota de Cisneros, puede asegurarse sin temor a posible equivocación, es la obra más

grande y gloriosa de la tipografía madrileña, y yo añadiría por mi parte, que de la española. Si tenemos en cuenta que hacía muy pocos años que la Imprenta se había inventado, que el material era muy pobre y escaso y que no abundaban los auténticos profesionales en nuestro país, si valoramos los medios de que se disponía por aquel entonces, tenemos que considerar, a la vista de esta extraordinaria obra, que es la más grande que se ha llevado a cabo dentro de este extraño y milagroso arte como es el de la Imprenta. Si tenemos en cuenta lo que se ha dicho y escrito sobre la Biblia, por medio de las más ilustres plumas, debemos considerarla como el auténtico milagro de la tipografía española que ha asombrado a propios y extraños, como muy bien la define Vicente González Arnao:

«Un asombroso esfuerzo heroico del alma de Cisneros que ya ha arrebatado y arrebatará los elogios de propios y extraños, de los herejes y de los infieles mismos...»

Para terminar con la obra tipográfica que ha dado la mayor gloria a la Imprenta madrileña, nada mejor que la definición que hizo de ella el gran monarca español, Felipe II:

«Una de las más insignes y útiles de la Iglesia Universal.»



EL QUIJOTE DE JUAN DE LA CUESTA

El primer éxito que se apuntó la Imprenta madrileña en su calidad de capital del reino es, sin lugar a dudas, la impresión de «El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha». La universal obra literaria de Miguel de Cervantes Saavedra, que tanta gloria diera a la Literatura española.

En la primera década del siglo XVI eran escasas las imprentas que existían en Madrid, entre ellas se

hallaba la que estaba instalada en la calle de Atocha, número 85 bis, esquina a la Costanilla de los Desamparados. El edificio constaba de dos pisos de forma rectangular, con algunos locales accesorios y aseos. Al fondo, otros dos pisos que forman el conjunto de locales de la Imprenta. Su construcción es de ladrillo recubierto de madera, sobre los muros, el tejado está cubierto de teja plana de estilo árabe. Su superficie es de 473 metros cuadrados.

El edificio era de propiedad de María Rodríguez, quien se lo cedió a Juan de la Cuesta en 1599. Juan de la Cuesta era un impresor que tenía imprenta propia en la ciudad de Segovia. (Vuelve a citarse esta ciudad como de donde provenían los impresores que empezaron a tener importancia en las Artes Gráficas españolas, lo que indica su antiguo origen de cuna de la Imprenta española). Este impresor se hizo cargo de la casa de María Rodríguez e instaló la Imprenta, el material que constituyó la Imprenta de Juan de la Cuesta era el siguiente: «seis prensas, treinta y seis cajas, veinticuatro chibaletes, nueve bancos de componer, cuatro divisorios para colocar el original, once galeras, once galerones, cinco ramas pequeñas, dos ramas grandes, una caja para hacer negro humo, una saca para recogerlo, grúa para transportar el papel y tablas, piedras, mesas y demás utensilios para el trabajo propio de una Imprenta, como es el de limpiar formas, batir y componer las tintas, etc.».

En esta Imprenta se imprimió por vez primera la famosa obra cervantina, en su composición se empleó la lectura redonda para el texto y la cursiva para los epígrafes de los capítulos, equivalente a un cuerpo doce actual. Los capitulares eran del cuerpo veinticuatro, llamados de «Palestia» y los folios de texto, grande, eran del cuerpo dieciséis.

Así era la composición del «Quijote» de Juan de la Cuesta. En cuanto al papel que se empleó para su impresión, procedía de El Paular, en la provincia de Madrid. La primera parte de la edición «Príncipe» se compone de 83 pliegos, que se imprimen a pliego por día. El papel era de pobre calidad, estoposo, que fabricaban los monjes cartujos del Monasterio de El Paular, de un color avellana, fabricado en tina con fibras vegetales y agua del Guadarrama.

Esta edición fue encargada por Francisco de Robles, editor y librero del rey Felipe III, afinado en Alcalá de Henares, quien estaba vivamente interesado en que se llevase a cabo la impresión, intuyendo el éxito que la edición iba a suponer.

Existe un hecho histórico y anecdótico en relación con el papel que se empleó para su impresión. Cuando faltaban tres pliegos para la culminación de la obra el papel se



PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

*Capitulo primero. Que trata de la condición,
y exercicio del famoso hidalgo don Quixote
de la Mancha.*



N Vn lugar de la Máncha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia vn hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, y rocinflaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duélos, y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluían, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraua con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa

A vna

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, EN LA IMPRENTA MADRILEÑA

acabó, por lo que Juan de la Cuesta adquirió al fiado una partida de cien resmas para poder terminar la impresión. Se hizo la correspondiente escritura al estilo de la época, saliendo de fiador del impresor don Cristóbal López, mercader de libros, y firmando otros testigos ante el notario don Antonio de Obregón. Esto ocurría el 14 de diciembre de 1604; gracias al documento firmado se ha podido conocer la procedencia del papel empleado en la edición «Príncipe» de la obra de Cervantes, cuya primera parte se terminó de imprimir en 1605. (Aunque se empezó a imprimir en 1604, se puso la fecha del año entrante, o sea, de 1605, por ser costumbre en aquella época que los libros

impresos a finales de año se pusieran la fecha del entrante).

Por causas que hasta el momento se desconocen, Juan de la Cuesta trasladó todos sus enseres y material de la Imprenta, de la calle de Atocha a la de San Eugenio, mismamente enfrente del edificio que hasta entonces poseía; en el nuevo local se imprimiría la segunda parte del «Quijote» en el año 1615, diez años después que finalizara la impresión de la primera. (Anteriormente a esta segunda parte, Juan de la Cuesta hizo una segunda edición de la parte primera en el año 1608. Se realizó a petición de don Francisco de Robles, el editor de Felipe III, que habiendo comprobado el éxito de la primera

en los círculos literarios en la ciudad alcalaína, en cuya puerta de Guadajara tenía instalada su librería de donde saldría la obra cervantina, no sólo por las rutas literarias de España, sino por los caminos de Europa y el resto del mundo, habiendo conseguido un señalado éxito con la primera parte de 1605).

La intuición del librero del rey no pudo ser más brillante, ya que «El Caballero de la Triste Figura» y su fiel escudero pronto empezaron sus andanzas y aventuras penetrando en todos los lugares y medios literarios, llevando los sentimientos más humanos llenos de sonrisas y lágrimas, así como una profunda meditación plena de un gran contenido filosófico, que en todas sus andanzas que participaban les había señalado el genio de la Literatura española, Miguel de Cervantes.

Con relación a la edición «Príncipe» del Quijote que imprimiera Juan de la Cuesta existe una anécdota en donde se señala que uno de los ejemplares del mismo se vendió en la ciudad de Nueva York, al precio de 2.640.000 pesetas. Esto confirma el valor que a los impresores españoles se les da más allá de nuestras fronteras. Según las investigaciones llevadas a cabo por los más notables eruditos en la materia, se asegura que en la actualidad solamente existen ocho ejemplares de esta primera edición.

Hoy en día, el edificio donde se imprimiera la primera parte del «Quijote» se halla en estado ruinoso. Se había pensado en su demolición, pero gracias a las gestiones realizadas por la Asociación Cervantina, en colaboración con otros centros culturales y organismos, al fin podrá conservarse, ya que se piensa restaurar y de esta forma poder perpetuar la memoria de Miguel de Cervantes como autor de la obra más gloriosa de la Literatura española, pero no es sólo a Cervantes y a su «Quijote» a quien hay que tener siempre presentes en el recuerdo, también hay que perpetuar al hombre que hizo realidad la universal obra, al impresor que con sumo cariño iba dando vida a los protagonistas de la misma y a sus andanzas y aventuras por las rutas manchegas, al tipógrafo que, con todo esmero componía los textos e ilustraba la grandiosa obra para darla a conocer a todo el mundo y dar a conocer, asimismo, que en España la Imprenta era ya una auténtica realidad; también es preciso conservar y restaurar el edificio de la calle de Atocha, de cuyas puertas salieran «Caballero y Escudero» llevados de la mano de su creador, Miguel de Cervantes y del impresor que los dio a conocer, Juan de la Cuesta, los dos hombres que llevaron las riendas de «Rocinante» y «Rucio» por los caminos literarios del mundo entero.

(Continúa en el próximo número)